

CELEBRAR:

ESPIRITUALIDAD ECOLOGICA

Por último, el momento del *celebrar*. La celebración se realiza en un contexto de «conversión ecológica» (216) que implica una «espiritualidad ecológica» (*ib*). Esta deriva no tanto de las doctrinas teológicas sino de las motivaciones que la fe suscita para cuidar de la casa común y «alimentar una pasión por el cuidado del mundo» (*ib*). Esa vivencia es más bien una mística que moviliza a las personas a vivir el equilibrio ecológico: «el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, el espiritual con Dios» (210). Ahí se manifiesta la verdad de que «lo menos es más» (222) y de que podemos ser felices con poco.

En el sentido de la celebración «el mundo es algo más que un problema a resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza» (12).

El espíritu tierno y fraterno de san Francisco de Asís atraviesa todo el texto de la encíclica *Laudato si'*. La situación actual no significa una tragedia anunciada, sino un desafío para que cuidemos de la casa común y unos de los otros. El texto posee levedad, poesía y alegría en el Espíritu, como también indestructible esperanza en que, si grande es la amenaza, mayor aún es la oportunidad de solución de nuestros problemas ecológicos.

La encíclica concluye poéticamente con las palabras «Más allá del sol», diciendo: «Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza» (244) •

A qué pasos concretos nos invita *Laudato si'*. Sabemos que al papa Francisco no le gustan la retórica y los sofismas, las teorías tan elaboradas como abstractas: la realidad vale más que la idea (cf 201). Si al finalizar la lectura no nos sintiéramos «profundamente conmovidos» y no nos planteáramos la pregunta: «¿Qué debemos hacer, hermanos?» (He 2,38), traicionaríamos el texto y la intención de su autor, que, entre otras cosas, dedica explícitamente no menos de dos capítulos, el quinto y el sexto, a los pasos concretos que hay que emprender.

PASOS CONCRETOS A LOS QUE NOS INVITA LA ENCÍCLICA

1. El valor de un gesto

«Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para

combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza» (139). En la perspectiva de una ecología integral, cada gesto individual está cargado de valor y de consecuencias, y la profundidad de la visión bíblica, teológica y social a la que nos abre la encíclica se juega (también) en una «ecología de la vida cotidiana» (147-155). Lo que parece encontrarse en la «superficie» de nuestras vidas no está desconectado y en contraposición respecto de lo que sucede en las profundidades. Más aún, se desvela y se revela precisamente en la superficie.

Por tanto, no es para seguir las modas ecologistas o para dar consejos «de abuelo» que el papa Francisco nos da una lista precisa y detallada de acciones en defensa del ambiente. Vale la pena escucharla en su totalidad: «Evitar el uso de material plástico y de papel, reducir el consumo de agua, separar los residuos, cocinar solo lo que razonablemente se podrá comer, tratar con cuidado a los demás seres vivos, utilizar transporte público o compartir un mismo vehículo entre varias personas, plantar árboles, apagar las luces innecesarias» (211), etc. No estamos habituados a una encíclica tan concreta, pero los simples gestos cotidianos son el camino para una «ecología integral»: a través de ellos puede vencerse la lógica de la violencia, de la explotación, del egoísmo (cf 230). Estamos frente a la forma extrema de «pensar globalmente y actuar localmente».

El papa Francisco previene también contra el extendido escepticismo defensivo sobre la eficacia real de estos actos: «No hay que pensar que estos esfuerzos no van a cambiar el mundo» (212). ¿Por qué? Ante todo estamos profundamente habitados por la lógica de lo «descartable», y ningún paso en dirección opuesta puede considerarse inútil. Son los gestos concretos los que pueden construir una cultura diferente: «Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre produce frutos más allá de lo que se pueda constatar, porque provocan en el seno de esta tierra un bien que siempre tiende a difundirse, a veces invisiblemente» (ib).

Pero el Papa da un paso más: cada gesto particular, más allá de su eficacia, «nos devuelve el sentimiento de la propia dignidad, nos lleva a una mayor profundidad vital, nos permite experimentar que vale la pena pasar por este mundo» (ib). Lo que nos constituye en lo más profundo, la posibilidad de estar verdaderamente orgullosos y felices de lo que somos, no está en juego solamente en los momentos cruciales y en las grandes decisiones de la vida, sino que crecí través de las pequeñas acciones cotidianas.

Si para el papa Francisco la realidad es más importante que la idea y es esencial comenzar, ensuciándose las manos, no sería propio limitarse a invitar a acciones puntuales. «el tiempo es superior al espacio» (179), y cada gesto debe

insertarse en un proceso, en un camino de «conversión ecológica». A partir de una acción puede desarrollarse «la conciencia del origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos» (202), que a su vez permite desarrollar «nuevas convicciones actitudes y formas de vida» (202) y superar los obstáculos que se oponen al cambio, que «va de la negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas» (14).

2. Informar y formarse.

En esta perspectiva, la encíclica pone de relieve, en contra de una extendida «alegre irresponsabilidad» (59), la responsabilidad de informar y de informarse. En particular el capítulo primero muestra la importancia de contar con los resultados de una investigación científica seria y honesta. No es una cuestión de erudición: hoy la investigación científica es un instrumento privilegiado para escuchar los lamentos de la tierra y de los más pobres, un modo de «dejamos interpelar por ella en profundidad y dar una base concreta al itinerario ético y espiritual» (15).

3. La capacidad para asumir la impotencia.

El proceso de conversión comprende también la capacidad de encontrar las motivaciones profundas para mantener un compromiso que está destinado a chocar con frustraciones y fracasos. «Por otra parte, cualquier solución técnica que pretendan aportar las ciencias será impotente para resolver los grandes problemas del mundo si la humanidad pierde su rumbo, si se olvidan las grandes motivaciones que hacen posible la convivencia, el sacrificio, la bondad» (200). Sin una pregunta por el sentido y por los valores -dice el papa Francisco-, «no creo que nuestras preocupaciones ecológicas puedan lograr efectos importantes» (160). Con las palabras de la fe y de la espiritualidad, la conversión ecológica exige a los creyentes «dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea» (217).

Esta mirada de fe sostiene también la esperanzar en que el cambio es posible, por dramática que pueda parecer la situación: «No todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse» (205).

4. Dimensión comunitaria y social. Actuar juntos: política, participación, diálogo.

Para construir un futuro distinto y mejor a partir de una situación tan compleja no puede bastar la conversión de los individuos: «Las exigencias de esta

tarea van a ser tan enormes que no hay forma de satisfacerlas con las posibilidades de la iniciativa individual y de la unión de particulares formados en el individualismo. Se requerirán una reunión de fuerzas y una unidad de realización»(219). La conversión ecológica tiene una dimensión comunitaria y social y atraviesa así todos los niveles de relación y de ligazón entre la humanidad y el ambiente que la encíclica toma en consideración. En una sociedad y en una cultura tan marcadas por el individualismo, también en lo espiritual, nos faltan probablemente las categorías para articular la dimensión colectiva de un proceso de conversión: desde este punto de vista, la encíclica *Laudato sí'* nos lanza un desafío providencial para enriquecer el modo en que miramos el mundo.

Y nos ofrece algunas pistas para seguir.

- **La primera es la acción política**, crucial para contener lógicas tecnocráticas y especulativas y para poner nuevamente en el centro la perspectiva del bien común: esto vale a todos los niveles, desde los barrios de periferia hasta la comunidad internacional, estimulada a dotarse de instrumentos eficaces de gobierno a partir de acuerdos sobre clima y ambiente capaces de producir frutos concretos. La mirada dirigida a la política es cualquier cosa menos ingenua o acrítica, puesto que parte de la consciencia de la tendencia a «enmascarar los problemas» o «esconder los síntomas» (26), a cerrarse en una «lógica perversa» y en «discursos empobrecidos» (197). Por eso, el papa Francisco prefiere dirigirse directamente a las personas, a aquellos que en nuestras sociedades tienen encargos políticos. El que abandone la lógica miope de los resultados inmediatos «dejará tras su paso por esta historia un testimonio de generosa responsabilidad»¿(181). De otro modo, corre el peligro de ser recordado por la «incapacidad de intervenir cuando era urgente y necesario hacerlo» (57).
- **Ciudadanía ecológica**. Pero la acción política requiere también la participación de todos, una verdadera «ciudadanía ecológica» (211) capaz de ejercer «una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social» (206), como la de los consumidores conscientes y responsables o de los ciudadanos que se activan para defender el territorio en el que viven de las lógicas del interés y de la especulación. Igualmente, a través de una «innumerable variedad de asociaciones que intervienen a favor del bien común» (232), todos pueden cuidar del ambiente natural y social. Sin el compromiso competente y desinteresado de cada uno en el propio campo de actividad profesional no se podrá llegar muy lejos.
- **Diálogo sincero y honesto**. Dada la complejidad de las situaciones y de los

intereses en juego, las situaciones de crisis socio-ambiental deben ser afrontadas de manera no ideológica, superficial o reduccionista. El papa Francisco indica con claridad el instrumento para hacerlo: un diálogo sincero y honesto que estructure procesos de decisión transparentes, huyendo de las ambigüedades detrás de las cuales anida a menudo la corrupción (cf 182).

→ **Contemplación y reposo.** Pero hay «otra manera de obrar que forma parte de nuestra esencia» y puede actuar como antídoto de un «activismo vacío», como también del «desenfreno voraz y de la conciencia aislada que lleva a perseguir solo el beneficio personal» (237). Una ecología integral «implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea» (225), y, al mismo tiempo, «reconocer los derechos de los demás» (237) abandonando el ritmo desenfrenado de nuestra vida. La encíclica nos invita a ir todavía más hacia lo profundo en una actitud de contemplación, de reposo, de alabanza, a recuperar y a dar espacio a una dimensión de gratuidad que «nos lleva a amar y aceptar el viento, el sol o las nubes, aunque no se sometan a nuestro control» (228). Es la misma gratuidad del amor fraterno, que «nunca puede ser un pago por lo que otro realice ni un anticipo por lo que esperamos que haga» y que hace «posible amar a los enemigos» (ib). En esta perspectiva, la acción por antonomasia no puede ser sino el domingo, día de descanso, «cuyo centro es la eucaristía», que «derrama su luz sobre la semana entera y nos motiva a incorporar el cuidado de la naturaleza y de los pobres» (237)

Y terminamos con las palabras finales de la *Carta de la Tierra* que el mismo Papa cita (207): «Que el nuestro sea un tiempo que se recuerde por el despertar de una nueva reverencia ante la vida; por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad; por el aceleramiento en la lucha por la justicia y la paz y por la alegre celebración de la vida»

